

EUCARISTÍA Y COMUNIÓN ECLESIAL EN LOS ESCRITOS DE CIPRIANO DE CARTAGO

JUAN ANTONIO GIL-TAMAYO

SUMARIO: 1. LA EUCARISTÍA: SACRIFICIO Y SACRAMENTO. 2. LA UNIÓN DE LA IGLESIA CON CRISTO. 3. LA UNIÓN DE LA IGLESIA EN SÍ MISMA.

Resumen: Cipriano de Cartago representa uno de los testimonios más elocuentes de la Iglesia de los primeros siglos respecto a la *communio* y sus implicaciones. El presente estudio se dirige a explicitar su pensamiento sobre la vinculación existente entre Eucaristía y comunión eclesial a través del análisis de sus obras. Se extrae como conclusión una clara visión de la Eucaristía como sacramento de comunión. A través de ella Cristo realiza la unidad divina de la Iglesia, una unidad que procede de la Trinidad y que es comunicada por Cristo Mediador a los fieles. La Eucaristía es verdadero signo (materializado en el pan, el vino y la participación común) y realización sacramental de la comunión eclesial.

Palabras clave: Cipriano, Eucaristía, Comunión.

Abstract: Cyprian of Carthage is one of the most important witnesses of *communio* and its implications in the Ancient Church. This study is focalized on his thought about the link between Eucharistical Sacrament and ecclesial communion. In his writings, this African Father shows a clear vision of Eucharist as a communal sacrament, traded by Christ in order to produce the divine unity of the Church. Because in the mystery of the bread, the wine and the communitarian participation of Christians, we have a real sign and a effective agent of ecclesial communion.

Keywords: Cyprian, Eucharist, Communion.

El Papa Juan Pablo II a lo largo de su Carta Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*¹ desarrolla y expone con amplia perspectiva que la Iglesia vive de la Eucaristía, algo que «no expresa solamente una experiencia cotidiana de fe, sino que encierra en síntesis el núcleo del misterio de la Iglesia»², entendida especialmente en los documentos del Concilio Vaticano II como misterio de comunión³. «La Iglesia, mientras peregrina aquí en la tierra, está llamada a mantener y promover tanto la comunión con Dios trinitario como la comunión entre los fieles. Para ello, cuenta con la Palabra y los Sacramentos, sobre todo la Eucaristía, de la cual “vive y se desarrolla sin cesar” (LG 26), y en la cual, al mismo tiempo, se expresa a sí misma. No es casualidad que el término “comunión” se haya convertido en uno de los nombres específicos de este sublime Sacramento»⁴. Esta doctrina que subraya la especial vinculación entre Eucaristía y comunión eclesial tiene un claro antecedente en los escritos del Obispo Cipriano de Cartago (s. III), considerado por algunos estudiosos como el mayor teólogo de la realidad eclesial antes del siglo IV, y uno de los testimonios más claros e importantes sobre la *communio* y sus implicaciones. A la explicitación de su pensamiento en este punto dedicaremos el presente estudio a través del análisis de sus obras⁵.

1. Vid. JUAN PABLO II, Enc., *Ecclesia de Eucharistia* (17.IV.2003): AAS 95 (2003) 433-475.

2. *Ecclesia de Eucharistia*, 1.

3. Así lo constató el Sínodo extraordinario de los Obispos de 1985 sobre el Vaticano II: «La eclesiología de comunión es una idea central y fundamental de los documentos del Concilio» (Sínodo de los Obispos, II Asamblea extraordinaria [1985], *Relatio finalis*, II, C 1). Cfr. *Lumen gentium*, 3, 7 y 26; *Unitatis redintegratio*, 15 y 22.

4. *Ecclesia de Eucharistia*, 34.

5. En la utilización del texto latino de Cipriano, citaremos los tratados por la edición del *Corpus* de Viena, la mejor edición de conjunto de que se dispone: S. Thasci Caecilii Cypriani, *Opera omnia recensuit et commentario critico instruxit*, editado por G. Hartel, (CSEL 3/1-3), Viena 1868-1871. Las cartas las citaremos por la edición de L. BAYARD, que mejora la edición de G. Hartel: Saint Cyprien, *Correspondance*, editado por L. Bayard, 2 vols. (Collection des Universités de France publiée sous le patronage de l'Association Guillaume Budé), Paris 1962. En las citas latinas, se señala entre paréntesis la edición utilizada y la página en la que se encuentra. La traducción de los textos, salvo que se indique alguna otra sugerencia, corresponde a la edición de J. CAMPOS: San Cipriano, *Obras. Tratados, Cartas*. Edición bilingüe. Introducción y traducción de J. Campos, Biblioteca de Autores Cristianos (BAC 241), Madrid 1964. En la citación de las obras de Cipriano emplearemos las siguientes abreviaturas: *Ep.* (*Epistolae*); *De unitate* (*De Catholicae Ecclesiae unitate*); *Ad Fort.* (*Ad Fortunatum*); *Test.* (*Testimoniorum libri tres*); *De orat.* (*De oratione Dominica*); *Lap.* (*De lapsis*); *Bon. pat.* (*De bono patientiae*); *Don.* (*Ad Donatum*).

En primer lugar, tal como hemos constatado en algunos de sus textos, Cipriano subraya con fuerza la relación entre la Eucaristía y la unidad de la Iglesia. A la *ecclesia una*, considerada en su unidad y unicidad, corresponde también el *unum altare*⁶, es decir, la unicidad del mismo sacrificio de Cristo, perpetuado en su Iglesia a través de la Eucaristía. Fuera de la Iglesia no cabe admitir la validez del sacrificio eucarístico, porque «la oblación no puede ser ofrecida allí donde no está el Espíritu Santo»⁷. Fuera no hay «ni altar ni Iglesia... ni se realiza la Eucaristía»⁸.

Un altar cismático, erigido por aquellos que se han separado de la unidad eclesial, es un *altare profanum*⁹. Todo aquel que se atreve a levantarlo es, para Cipriano, «enemigo del altar, rebelde contra el sacrificio de Cristo»¹⁰, ya que el altar y el sacrificio de Cristo son únicos, y sólo se dan dentro de la *una ecclesia*. Los sacrificios ofrecidos por tales ministros lapsos, herejes o cismáticos, sólo pueden ser calificados, dentro de su lógica, como *sacrificia sacrilega*¹¹, como sacrificios que sólo tienen pura apariencia de verdad¹². Y de la misma forma que no es admisible «otra Iglesia»¹³, no cabe «levantar otro altar»¹⁴. Hasta aquí la estrecha relación que el Obispo de Cartago advierte entre la unidad eclesial y la Eucaristía considerada como sacrificio, pero el mismo pensamiento comprobamos en su comprensión de ésta como sacramento.

En su tratado *De Ecclesiae catholicae unitate*, después de afirmar que no puede seguir teniendo vida sobrenatural el que se aparta de la Iglesia y constituye otra morada o casa, y que esto mismo es lo que se desprende de la ley del Éxodo: «que el cordero, que es sacrificado como figura de Cristo, se coma en una sola casa»¹⁵, declara Cipriano:

6. *Ep.* 43, 5, 2 y 72, 2, 1.

7. *Ép.* 65, 4, 1.

8. *Ép.* 70, 2, 2.

9. *Ep.* 3, 3, 2; 68, 2, 1. En el mismo sentido vemos expresarse a Firmiliano en carta que remite a Cipriano: *Ep.* 75, 16, 2.

10. *De unitate*, 17. Cfr. *Ep.* 69, 1, 4.

11. *Ep.* 69, 1, 4.

12. Cfr. *Ep.* 73, 2, 3.

13. *Ep.* 46, 1, 2.

14. *De unitate*, 17.

15. *Ibid.*, 8. Cfr. Ex 12, 46.

«La carne de Cristo y lo consagrado al Señor no pueden ser arrojados fuera, y no existe otra casa para los creyentes más que la única Iglesia»¹⁶.

Hablando en un contexto sacrificial, como lo demuestra la referencia previa al cordero sacrificado según la ley judía, que para nuestro autor es figura de Cristo, Cipriano pasa a hablar de la comida de la carne de ese cordero, es decir, de la carne de Cristo. Cristo «fue llamado oveja y cordero de Dios, que debería ser sacrificado»¹⁷; Él es «el cordero que nos redimió y nos dio vida»¹⁸. Su sacrificio se realiza en el sacrificio eucarístico, y allí su carne es dada en alimento. Por tanto, en el texto se está haciendo alusión a la Eucaristía no simplemente como sacrificio, sino en su dimensión sacramental, en cuanto que contiene realmente a Cristo, que se recibe como alimento: la carne de Cristo (*caro Christi*), su cuerpo (*sanctum Domini*)¹⁹.

La *caro Christi* y el *sanctum Domini* no pueden ser arrojados fuera de la Iglesia, sino que sólo pueden ser comidos dentro de ella, como el cordero pascual sólo podía ser comido *in domo una*. Esa *domus una* es la *una Ecclesia*²⁰. Luego, la Eucaristía, como sacramento del cuerpo de Cristo y como alimento, está expresamente relacionado en nuestro autor con la Iglesia en su unicidad.

También se advierte una clara conexión en los escritos del Obispo de Cartago entre el término *communicatio* y la Eucaristía. Así, en el proceso penitencial tal como lo presenta Cipriano, la Eucaristía aparece como culminación de tal proceso, en clara equivalencia con la *communicatio* penitencial²¹. El *ius communicationis* permitía la participación

16. «*Caro Christi et sanctum Domini eici foras non potest, nec alia ulla credentibus prater unam Ecclesiam domus est*»: *De unitate*, 8 (CSEL 3/1, 217).

17. 2 *Test.* 15.

18. *Ad Fort.* Praef. 3.

19. Con la expresión *sanctum Domini* alude Cipriano al «cuerpo de Cristo», tal como se desprende de *Ep.* 15, 1, 2, donde habla del *sanctum Domini corpus*.

20. Cfr. I. PEREIRA, «*Una domus et ecclesia dei in saeculo*»: *leitura sócio-antropológica do projecto de «ecclesia» de S. Cipriano de Cartago*, Didaskalia, Lisboa 2002.

21. «... algunos presbíteros, sin embargo, sin tener presente el evangelio ni pensar en lo que nos han podido escribir los mártires, sin guardar el miramiento debido a la dignidad episcopal y a su cátedra, ya han comunicado (*communicare*) con los lapsos y ofre-

eucarística, que de este modo se reflejaba como consumación y verdadera expresión sacramental de la *communicatio* recibida²². La *communicatio*, junto con la totalidad de las fases penitenciales, era requisito imprescindible para acceder a la Eucaristía si uno se encontraba en la situación de pecado. El que no se ajusta a esta clara prescripción, según Cipriano, atenta contra el mismo Cristo, «hace violencia a su cuerpo y sangre y delinque ahora más con manos y boca contra el Señor que cuando renegaron de Él»²³, algo que califica como ofensa e impiedad, apariencia de *communicatio*²⁴.

Pero no sólo se da una relación en nuestro autor entre la Eucaristía y el término *communicatio* en su sentido penitencial; existen además en sus escritos más vinculaciones entre ambos, donde *communicatio* aparece con matices significativos distintos.

Así, en su carta 67, dirigida por Cipriano a los fieles de León, Astorga y Mérida, aparece un texto que corrobora la afirmación anterior. El problema que suscitó esta carta es el de los dos obispos españoles Basílides y Marcial, que habían adquirido billetes de sacrificio en la persecución y cometido otros graves delitos y, no obstante, continuaban ejerciendo en la Iglesia sus funciones de obispos aprovechándose de la buena fe del Papa Esteban, que había restablecido a ambos en sus puestos al no haber sido bien informado. Nuestro autor, reunido en concilio con 36 obispos más, responde a los fieles de esas iglesias, aprobando la deposición de esos dos obispos como necesaria, y les advierte:

cido el sacrificio por ellos y dándoles la eucaristía (*offerre pro illis et eucharistiam dare*), siendo así que ha de irse por su orden en estos pasos» (*Ep.* 15, 2, 1). La *communicatio* y el *eucharistiam dare* suponen el final del proceso penitencial, que en este caso Cipriano no ve completo, ya que no se han seguido las prácticas penitenciales reglamentadas. Es interesante advertir la consideración de la Eucaristía como «sacrificio» (*offerre*) y como «sacramento-comunión» (*dare*), algo que también encontramos en *Ep.* 15, 1, 2. Cfr. M. MARITANO, «Bibliografia generale sulla Penitenza nella Chiesa antica (dal I° agli inizi del VII° secolo)», en *Rivista Liturgica* 89/4-5 (2002) 669-704.

22. Cfr. *De orat.* 18.

23. *Lap.* 16. También afirma Firmiliano: «¿qué delito no va a ser el de los que son admitidos o el de los que admiten el contacto con el cuerpo y la sangre del Señor, sin haberse purificado por el baño de la Iglesia (Bautismo) ni haberse despojado de los pecados y usurpado temerariamente la comunión (*communicatio*) (Penitencia)» (*Ep.* 75, 21, 3).

24. Cfr. *ibid.*

«No se ha de lisonjear el pueblo, como si pudiese estar inmune del contagio de delito, si comunica con el obispo pecador y presta su consentimiento al ejercicio del episcopado de su jefe, ya que amenaza con estas palabras la justicia de Dios por boca del profeta Oseas: “Sus ofrendas son como pan de duelo; cuantos lo coman se contaminarán” (Os 9, 4). Con esto quiere enseñarnos que todos los que se hubieren manchado con el sacrificio de un obispo profano e ilegítimo están atados totalmente al pecado»²⁵.

Cipriano emplea el verbo *communicare* con el significado de unión personal con el Obispo. Esa comunión con el Obispo tenía como una de sus manifestaciones principales la participación en la Eucaristía celebrada por él. El pueblo, por otro lado, debía prestar su consentimiento, su aprobación concorde (*consensus*), al episcopado del Obispo, es decir, al ejercicio de ese cargo. Con esa aprobación, se muestra el carácter voluntario y personal de esa unión al Obispo.

La *communicatio* con un obispo pecador implicaba, según nuestro autor, la comunión en sus pecados. La unión de la *communicatio* con el Obispo no es meramente externa o formal, sino una verdadera participación interior, que supone hacer propio todo lo que atañe a la persona del Obispo. Fundándose en el texto de Oseas, pone como razón de la participación en el pecado del obispo indigno, el hecho de que una tal *communicatio* implica la participación en el sacrificio eucarístico de ese obispo. Como hemos advertido antes, el sacrificio ofrecido fuera de la Iglesia era sólo un simulacro, por ser inválido, y una profanación, por presentarlo indignamente como sagrado; luego, participar en él, es contaminarse de ese mismo delito. En todo caso, lo interesante del texto es cómo subraya que la *communicatio*, en cuanto unión al Obispo tiene, entre otros aspectos, un carácter eucarístico y que, por lo mismo, la participación en la Eucaristía es un elemento integrante de esa comunión personal.

25. «*Nec sibi plebs blandiatur quasi immunis esse a contagio delicti possit cum sacerdote peccatore communicans et ad iniustum adque illicitum praepositi sui episcopatum consensum suum commodans, quando per Osee prophetam comminetur et dicat censura divina: “Sacrificia eorum tamquam panis luctus, omnes qui manducant ea contaminabuntur” (Os 9, 4), docens scilicet et ostendens omnes omnino ad peccatum constringi quique fuerint profani et iniusti sacerdotis sacrificio contaminati*»: Ep. 67, 3, 1 (Bayard, 229).

1. LA EUCARISTÍA: SACRIFICIO Y SACRAMENTO

La carta 63, dirigida por Cipriano al obispo Cecilio, está toda ella dominada por la idea del sacrificio en referencia a la Eucaristía. Enseña, como idea predominante, que ha de ofrecerse el vino mezclado con agua²⁶, como lo enseñó e hizo el Señor, es decir, debe realizarse el rito conforme al ejemplo de la cena que celebró el Señor:

«Pues si Cristo Jesús, Señor y Dios nuestro, es sumo sacerdote de Dios Padre y el primero que se ofreció en sacrificio al Padre, y prescribió que se hiciera esto en memoria de sí, no hay duda que cumple el oficio de Cristo aquel sacerdote que reproduce lo que Cristo hizo, y entonces ofrece en la Iglesia a Dios Padre el sacrificio verdadero y pleno, cuando ofrece a tenor de lo que Cristo mismo ofreció»²⁷.

Cipriano se mueve en el texto en dos planos a la hora de hablar de Cristo: por un lado, hace referencia al sacrificio de Cristo en la Cruz (*sacrificium patri se ipsum primus optulit*); por otro, hace mención a la última cena (*id quod Christus fecit*), para señalar que se ha de usar vino y agua como Cristo hizo. Esos dos planos son puestos en relación con la celebración eucarística: primero, destacando que la Eucaristía es verdadera representación del sacrificio de Cristo sobre la Cruz (*in sui commemoratione*), segundo, fijando el rito de celebración del sacrificio eucarístico (*imitatur*). De todo ello se deduce que la Eucaristía es verdadero sacrificio (*sacrificium verum et plenum*), cuya ofrenda son el Cuerpo y la Sangre de Cristo, ya que en ella se ofrece «a tenor de lo que Cristo mismo ofreció (*optulisse*)». Con esta última frase Cipriano se está refiriendo al sacrificio de la Cruz, al menos es lo que se desprende por la utilización del mismo verbo que usó para referirse al ofrecimiento de Cristo en el

26. La epístola 63 tiene el aspecto de un tratado. En ella rechaza la singular costumbre de usar sólo agua en la celebración eucarística, en vez del tradicional vino mezclado con agua; costumbre que se había extendido en algunas comunidades cristianas por los llamados *aquarianii*.

27. «*Nam si Christus Iesus Dominus et Deus noster ipse est summus sacerdos Dei patris et sacrificium patri se ipsum primus optulit et hoc fieri in sui commemoratione praecepit, utique ille sacerdos vice Christi vere fungitur qui id quod Christus fecit imitatur et sacrificium verum et plenum tunc offert in ecclesia Deo patri, si sic incipiat offerre secundum quod ipsum Christum videat optulisse*»: Ep. 63, 14, 4 (Bayard, 209).

Calvario (*optulit / optulisse*): «La pasión del Señor es el sacrificio que ofrecemos»²⁸.

En los escritos cipriánicos es frecuente la concepción o vinculación de los sacerdotes (de ordinario el Obispo), en virtud de su sacerdocio, con la celebración de la Eucaristía, que ya es denominada *sacrificium*. El verbo empleado en este texto es *offerre*, «ofrecer», con un significado eminentemente sacrificial. Pero también utiliza en otras ocasiones *celebrare*, «celebrar», normal en el uso del castellano actual, e incluso en dos textos habla del «sacrificio celebrado por el sacerdote»²⁹. El término *offerre* es un término general que designa la ofrenda de la Eucaristía realizada por los obispos o, en la mayoría de las ocasiones, por los presbíteros. Por su parte, el verbo *celebrare* lo emplea sólo para los obispos en un contexto ministerial, designando una acción eucarística solemne con la participación del pueblo. La celebración eucarística se revela entonces como una acción común de todo el pueblo³⁰, tal como deja entrever en algún texto, en los que destaca ese matiz de comunión eclesial: «cuando nos reunimos con los hermanos en un paraje y celebramos el sacrificio divino por manos del sacerdote de Dios...»³¹.

El valor objetivo del sacrificio eucarístico se manifiesta, por ejemplo, en el hecho de ofrecerse por el eterno descanso de los difuntos, como *sacrificium pro dormitione*³², lo mismo que en su celebración en honor de los mártires³³.

Por otro lado, ya vimos al comienzo de este estudio, que para Cipriano la Eucaristía es, además de sacrificio, verdadero sacramento. Así la denominará en múltiples ocasiones³⁴, y hablará en sus escritos, con un carácter enérgicamente realista, de cuál es el contenido de la Eucaristía. El pan eucarístico es para nuestro autor el *corpus Domini*³⁵, el *sanctum Do-*

28. *Ep.* 63, 17, 1.

29. *De orat.* 4; *Lap.* 26.

30. Cfr. A. VILELA, «La condition collégiale des prêtres au IIIe siècle», (*Théologie historique* 14), Beauchesne, Paris 1971, 321-322; J.D. LAURANCE, «Eucharistic Leader according to Cyprian of Carthage. A new Study», *Studia Liturgica* 15 (1982/83) 66-75.

31. *De orat.* 4.

32. *Ep.* 1, 2, 1.

33. Cfr. *Ep.* 39, 3, 1 y *Ep.* 12, 2, 1.

34. *De unitate*, 8; *Lap.* 25; *Ep.* 63, 2, 2; 63, 3, 1; 63, 4, 1; 63, 11, 2; 63, 12, 1; 63, 12, 2; 63, 13; 63, 13; 63, 14, 3; 63, 16, 1; 69, 4, 1; 69, 14, 1.

35. *Lap.* 2; 15; 16; 22; *Ep.* 58, 9, 2; 63, 13, 4. De la misma forma lo denomina Firmiliano en *Ep.* 75, 21, 3.

*mini corpus*³⁶, el *corpus Christi*³⁷, la *caro Christi*³⁸, el *sanctum Domini*³⁹, el *cibus Christi*⁴⁰, *cibus caelestis*⁴¹, el *panis caelestis*⁴², el *panis dominicus*⁴³, la *gratia salutaris*⁴⁴ y *caelestis sagina*⁴⁵. El vino eucarístico es la *sanguis Domini*⁴⁶, la *sanguis Christi*⁴⁷, la *sanguis dominicus*⁴⁸, el *sacramentum calicis*⁴⁹, el *calix dominicus*⁵⁰, o lo denomina simplemente como *calix Domini*⁵¹, *potulum Domini*⁵² o *salutare poculum*⁵³. Todas estas expresiones traducen con una gran fuerza la creencia de Cipriano en la presencia real de Cristo en la Eucaristía. La conversión de la materia eucarística está de algún modo implicada, aunque él no emplee términos técnicos para referirse a ella. El respeto y la veneración con que alude al contenido de la Eucaristía⁵⁴, así como los efectos que produce su recepción, avalan su clara convicción en que lo realmente contenido es el Cuerpo y la Sangre de Cristo⁵⁵.

Nuestro autor, subrayando el simbolismo esencial de este sacramento sin detrimento de su contenido real, dirá al comentar el sacrificio de Melquisedec⁵⁶ como figura de la Eucaristía: «antes precede la imagen del sacrificio, consistente en el pan y vino; y el Señor, completando y consumando este sacrificio, ofreció el pan y el cáliz, mezclado de vino y agua; y el que es la plenitud, realizó la verdad del tipo prefigurado»⁵⁷.

36. *Ep.* 15, 1, 2.

37. *De orat.* 18; *Ep.* 11, 5, 3; 57, 2, 2.

38. *De unitate*, 8.

39. *Ibid.*; *Lap.* 26; *Ep.* 31, 6, 2.

40. *Ep.* 69, 14, 1.

41. *Bon. pat.* 7.

42. *De orat.* 18; *Ep.* 69, 14, 1.

43. *Ep.* 69, 5, 1.

44. *Lap.* 26.

45. *Don.* 15.

46. *Lap.* 2; 16; 22; 25; *Ep.* 63, 7, 1; 63, 11, 1; 69, 5, 1. De la misma forma lo denominará Firmiliano en *Ep.* 75, 21, 3.

47. *Ep.* 11, 5, 3; 57, 2, 2; 58, 1, 2; 63, 2, 1; 63, 7, 2; 63, 9, 3; 63, 11, 1; 63, 13, 1; 63, 15, 1.

48. *Ep.* 63, 11, 3.

49. *Lap.* 25.

50. *Ep.* 63, 1, 1; 63, 7, 1; 63, 11, 1; 63, 14, 1; 63, 17, 2; 63, 19.

51. *Ep.* 63, 8, 4; 63, 9, 2; 63, 13, 2.

52. *Ep.* 57, 2, 2.

53. *Bon. pat.* 7; *Ep.* 63, 11, 3.

54. «Que debe recibirse la Eucaristía con temor y reverencia» (3 *Test.* 94).

55. Cfr. A. D'ALÈS, *La théologie de Saint Cyprien*, Beauchesne, Paris 1922, 262-264.

56. Cfr. Gn 4, 18-20.

57. *Ep.* 63, 4, 3.

Para Cipriano, el pan y el vino en el Antiguo Testamento habían sido figuras, imágenes, del verdadero Cuerpo y Sangre del Señor, algo que se realiza y consume verdaderamente en la Eucaristía, donde se contiene realmente ese Cuerpo y esa Sangre.

Es el sacramento destinado por igual a todos los cristianos, tal como afirma en su carta 69:

«En el Éxodo vemos que se celebra este sacramento de la igualdad, cuando cayó del cielo el maná y mostró con la prefiguración de lo futuro el alimento del pan celestial y el manjar de Cristo que iba a venir. Allí, pues, sin diferencia de sexo o de edad se recogía por igual para cada uno un gomor»⁵⁸.

Cipriano ve en el alimento del maná, enviado por Dios para alimentar al pueblo de Israel en el desierto⁵⁹ y celebrado por los Salmos⁶⁰ y el libro de la Sabiduría⁶¹, una clara figura de la Eucaristía, situándose en línea con la doctrina recogida en Jn 6, 32-33, según la cual Cristo mismo es el verdadero «pan del cielo», el «pan de Dios» dado por el Padre.

La Eucaristía es vista aquí como alimento y no desde un punto de vista sacrificial. Es el *alimentum* que se multiplica sin consumirse, dado por Dios como sustento de este nuevo Pueblo suyo que es la Iglesia. Es el *aequalitatis sacramentum*, el sacramento de la igualdad, que se derrama sobre todos los cristianos sin distinción. Una *aequalitas* que ha de entenderse como «no discriminación», «no distinción», ya figurada en el alimento del maná que cada uno recogía por igual sin distinción de sexo y edad. Así Cristo y la gracia «se reparte a todos por igual sin variedad de sexo, sin distinción de años, sin acepción de personas»⁶². La Eucaristía es de este modo el sacramento que en su misma recepción iguala a todos los miembros del Pueblo de Dios.

58. «*Cuius aequalitatis sacramentum videmus in Exodo esse celebratum, cum de caelo manna deflueret et futurorum praefiguratione alimentum panis caelestis et cibus Christi venientis ostenderet. Illic enim sine discrimine vel sexus vel aetatis gomor singulis aequaliter colligebatur*»: Ep. 69, 14, 1 (Bayard, 248).

59. Cfr. Ex 16, 1-15.

60. Cfr. Sal 68, 10; 111, 5.

61. Cfr. Sb 16, 20-22.

62. Ep. 69, 14, 2.

La Eucaristía aparece también en sus escritos como una *protectio*, una *tutela*, un *munimentum* para los fieles que debían confesar su fe, a los cuales hay que animar para el combate, «fortificarlos con la protección de la sangre y el cuerpo de Cristo; la Eucaristía es la que cumple este objeto y puede ser una defensa para los que la reciben; por eso debemos armar con esa defensa del alimento del Señor a los que queremos ver defendidos contra el enemigo»⁶³.

Por otro lado, con respecto a la eficacia salvífica de la Eucaristía, el texto más claro lo encontramos en su tratado *De oratione Dominica*, donde comentando la petición del *Pater noster*: «danos hoy nuestro pan de cada día», escribe Cipriano:

«Esto puede entenderse en sentido espiritual o en sentido literal. Los dos sentidos según la disposición divina son provechosos para la salvación. En efecto, Cristo es el pan de vida y este pan no es de todos, sino nuestro. Así como decimos “Padre nuestro”, porque es Padre de los que le conocen y creen en Él, así también decimos “pan nuestro”, porque Cristo es pan de los que recibimos su cuerpo. Pedimos que este pan nos sea dado todos los días con el fin de que, quienes estamos en Cristo y tomamos diariamente su Eucaristía como alimento de salvación, no quedemos separados del cuerpo de Cristo a causa de un pecado grave y, separados y excomulgados, se nos niegue el pan celeste (...). Por consiguiente, cuando dice que si alguien comiere de su pan, vivirá para siempre, del mismo modo como queda claro que viven quienes, unidos a su cuerpo, por el derecho de comunión reciben la Eucaristía, así también hay que temer y orar para que no haya quien, siendo separado del cuerpo de Cristo, permanezca también alejado de la salvación (...). Por ello pedimos que nuestro pan, es decir, Cristo, nos sea dado todos los días, a fin de que, quienes permanecemos y vivimos en Cristo, no nos apartemos de su santificación ni de su cuerpo»⁶⁴.

63. *Ep.* 57, 2, 2.

64. «*Quod potest et spiritaliter et simpliciter intellegi, quia et uterque intellectus utilitate divina proficit ad salutem. Nam panis vitae Christus est et panis hic omnium non est, sed noster est. Et quomodo dicimus “Pater noster”, quia intellegentium et credentium pater est, sic et “panem nostrum” vocamus, quia Christus eorum, qui corpus eius contingimus panis est. Hunc autem panem dari nobis quotidie postulamus, ne qui in Christo sumus et Eucharistiam quotidie ad cibum salutis accipimus, intercedente aliquo graviore delicto dum abstenti et non communicantes a caelesti pane prohibemur, a Christi corpore separemur (...). Quando ergo dicit in aeternum vivere si qui ederit de eius pane, ut manifestum est eos vivere qui corpus eius attingunt et Eucharistiam iure communicationis accipiunt, ita contra*

Son muchas y abundantes las ideas compendiadas por Cipriano en el presente texto, que vamos a tratar de explicitar y comentar. En primer lugar, nos encontramos con la única ocasión en que nuestro autor menciona la posibilidad de un sentido espiritual y literal de un pasaje del Nuevo Testamento. De esta observación surgió la discusión entre los estudiosos del Obispo de Cartago en torno a una posible influencia de Orígenes en nuestro autor⁶⁵. De cualquier modo, en la distinción de los dos sentidos, Cipriano evita caer en los excesos de Orígenes, ya que no establece jerarquía alguna entre ambos sentidos. Para él, el sentido literal es tan verdadero y necesario para la fe como el sentido espiritual, tal como señala en el texto.

Pero nuestro autor se adentra en el sentido espiritual a la hora de comentar la petición del *Pater noster*. Todo el comentario va a girar en torno a la Eucaristía, y partirá de dos claros principios: *panis vitae Christus est*, tal como el mismo Cristo dijo: «Yo soy el pan de vida» (Jn 6, 35); y la identificación plena del pan eucarístico con Cristo: «nuestro pan, es decir, Cristo», luego en la Eucaristía se contiene real y verdaderamente el *corpus Christi*. Con estos dos presupuestos Cipriano va extraer una serie de conclusiones que revelan el valor salvífico que otorga al sacramento de la Eucaristía.

La Eucaristía es el *cibus salutis*, verdadera comida de salvación; separarse del Cuerpo de Cristo, presente en la Eucaristía, es permanecer separado de la salvación; la santificación y su Cuerpo van unidos. Y todo ello tiene su raíz en que Cristo mismo es el *panis vitae*, el verdadero pan de la vida sobrenatural y, por tanto, de la *salus*. Sólo tienen vida los que llegan a tocar su Cuerpo, los que entran en contacto con Él, mediante la recepción de la Eucaristía. Pero qué sea ese «tocar» y «contactar» lo explicita el mismo Cipriano en términos de unión verdadera: se trata de un ser en Cristo (*qui in Christo sumus*), de un vivir y permanecer en Cristo (*qui in Christo manemus et vivimus*). La recepción de la Eu-

timendum est et orandum ne, dum quis abstentus separatur a Christi corpore, procul remaneat a salute (...). Et ideo panem nostrum id est Christum dari nobis quotidie petimus, ut qui in Christo manemus et vivimus a sanctificatione eius et corpore non recedamus»: De orat. 18 (CSEL 3/1, 280). Hemos variado la traducción de J. Campos.

65. Las distintas posturas al respecto son recogidas por C. Failla en CIPRIANO, *La unidad de la Iglesia*, introducción y notas de C. Failla, traducción de J. Pascual, *Biblioteca de Parrística 12*, Ciudad Nueva, Madrid 1991, 20.

caristía introduce, por tanto, al cristiano en la comunión con Cristo, una comunión de existencia y de vida.

Al mismo tiempo, cabe advertir en el texto un sentido eclesiológico de la Eucaristía. Cristo es el «pan nuestro», no de todos, sino *noster*. Existe un «nosotros» que se caracteriza y distingue por la participación común en el mismo pan. De este modo, la Eucaristía se presenta como centro de la comunión entre los cristianos. Si ella permite y realiza la comunión con Cristo, la incorporación a Él, también fundamenta y da razón de la comunión entre los miembros de ese mismo cuerpo. Es la misma doctrina paulina: «Porque uno solo es el pan, aun siendo muchos, un solo cuerpo somos, pues todos participamos del mismo pan» (1 Co 10, 17). La comunión horizontal encuentra su raíz en la comunión vertical, y si tener un mismo Padre constituye una comunidad de hermanos, recibir un mismo pan hace a todos miembros de un mismo cuerpo.

2. LA UNIÓN DE LA IGLESIA CON CRISTO

En la carta 63, citada poco antes, Cipriano alega, en contra de los que sólo usaban agua en el sacrificio eucarístico, el milagro de la conversión del agua en vino realizado por Cristo en las bodas de Caná. Aquel milagro, según él, «debe advertirnos y enseñarnos que en los sacrificios del Señor, hemos de ofrecer más bien vino»⁶⁶. Además, el milagro de Caná es el símbolo de la conversión de los gentiles y de su entrada en la Iglesia en sustitución de los judíos. Pero nuestro autor prolonga esa analogía y atribuye el mismo simbolismo a las gotas de agua mezcladas con el vino en el cáliz y que se transforman en vino: «Esto, en verdad lo vemos realizarse en el sacramento del cáliz»⁶⁷. Todo ello nos hace ver la gran significación eclesiológica que para Cipriano tiene el sacrificio eucarístico: símbolo de la constitución del nuevo Pueblo de Dios, la Iglesia.

Pero el Obispo de Cartago va a extraer más conclusiones de esta mezcla de las gotas de agua con el vino en la Eucaristía, también desde una perspectiva eclesiológica. Así, continúa diciendo:

66. *Ep.* 63, 12, 1.

67. *Ep.* 63, 12, 2.

«Cuando en el cáliz se mezcla el agua con el vino, el pueblo se junta a Cristo, y el pueblo de los creyentes se une y junta a aquel en el cual creyó. Esta unión y conjunción del agua y del vino se mezcla en el cáliz del Señor de modo que aquella mezcla no puede separarse entre sí. Por eso nada podrá separar de Cristo a la Iglesia, es decir, al pueblo establecido en la Iglesia, el cual persevera fiel y firmemente en aquello en lo que creyó, de manera que esté adherido siempre y permanezca con amor inseparable. Por eso, cuando se consagra el cáliz del Señor, no puede ofrecerse sólo agua, como no puede tampoco sólo vino. Pues si se ofrece sólo vino, la sangre de Cristo empieza a estar sin nosotros. Pero si sólo agua, el pueblo empieza a estar sin Cristo. Cuando ambos se mezclan y se unen entre sí con la unión que los fusiona, entonces se realiza el sacramento espiritual y celestial»⁶⁸.

Difícilmente cabe encontrar un texto de nuestro autor con tantas expresiones que denotan unión. Ya se exprese esta unidad-unión en sentido positivo: *miscetur / adunatur / copulatur / iungitur / copulatio / coniunctio / haereat / adunatione confusa*, como negativo: *non possit ab invicem separari / nulla res separare poterit / individua*. Y lo más importante, todas ellas son expresiones referidas a la unión que la Eucaristía realiza entre la Iglesia y Cristo.

Si hasta ahora habíamos visto a Cipriano considerar la comunión que la Eucaristía realiza con Cristo desde una perspectiva personal e individual, aunque no exenta de una connotación colectiva⁶⁹, en el presente texto ya se mueve en una visión puramente eclesial. Y para ello parte del simbolismo que asigna a la mezcla del vino con unas gotas de agua que se realiza en el cáliz: «en el agua está figurado el pueblo, y en el vino, la sangre de Cristo»⁷⁰. Con esta afirmación no está restando fuerza a

68. «*Quando autem in calice vino aqua miscetur, Christo populus adunatur et credentium plebs et in quem crededit copulatur et iungitur. Quae copulatio et coniunctio aquae et vini miscetur in calice Domini ut conmixtio illa non possit ab invicem separari. Unde ecclesiam id est plebem in ecclesiam constitutam fideliter et firmiter in eo quod credidit perseverantem nulla res separare poterit a Christo quo minus haereat semper et maneat individua dilectione. Sic autem in sanctificando calice Domini offerri aqua sola non potest quomodo nec vinum solum potest. Nam si vinum tantum quis offerat, sanguis Christi incipit esse sine nobis. Si vero aqua sit sola, plebs incipit esse sine Christo. Quando autem utrumque miscetur et adunatione confusa sibi invicem copulatur, tunc sacramentum spiritale et caeleste perficitur*»: *Ep.* 63, 13, 1-3 (Bayard, 208). Hemos variado la traducción de J. Campos.

69. *Cfr. De orat.* 18.

70. *Ep.* 63, 13, 1.

la presencia real de la Sangre de Cristo en el cáliz, sino que está reconociendo el sentido simbólico que el vino había tenido, ya en el Antiguo Testamento, como figura de la verdadera Sangre de Cristo⁷¹; de igual modo, Tertuliano había señalado que «ahora consagró su sangre en el vino, el que entonces hizo al vino figura de su sangre»⁷², haciendo referencia a ese carácter de figura que el vino había tenido anteriormente. También el agua había sido vista como figura de los pueblos. Así aparece reflejado, por ejemplo, en el Apocalipsis: «Las aguas que has visto, donde está sentada la Prostituta, son pueblos, muchedumbres, naciones y lenguas»⁷³, luego Cipriano no hace más que ajustarse a una simbología precedente. Lo que sí hará de novedoso nuestro autor es asignar un significado preciso a la mezcla del agua y el vino: la unión de Cristo con su Pueblo, y desde ese punto de vista, el agua y el vino son signos, y se puede hablar de un simbolismo eclesiológico de la Eucaristía para el Obispo de Cartago.

Pero Cipriano no parece atenerse sólo al ámbito de la simbología, adopta, por el contrario, ya desde el comienzo del texto, un lenguaje que expresa realidad; ya no hará referencia alguna al carácter de signo, sino que hablará de una realidad presente y realizada a través de un rito y los elementos de la Eucaristía; se trata de una verdadera realidad sacramental, expresada, sí, a través de unos signos (agua y vino), pero eficazmente operativa en cuanto a lo significado: cuando el agua se mezcla con el vino en el cáliz, se realiza la unión de Cristo con su Pueblo. Al unir ambas materias, hasta el punto de fundirse, se produce el efecto de la unión de Cristo y el conjunto de los fieles, designados con el término *populus*. Nuestro autor expresa, por tanto, un efecto eclesial de la Eucaristía: el de la unión de Cristo y la Iglesia.

Además, la Iglesia como *populus* viene caracterizada por la fe: ese Pueblo es la *plebs credentium*; la fe distingue y configura a los cristianos como Pueblo. Y si la fe supone un inicio de unión con Aquel en el que se cree, con Cristo, ese comienzo parece alcanzar su plenitud en la Eu-

71. El vino ocupaba un lugar importante en los sacrificios veterotestamentarios: cfr. Ex 29, 40 ss; Nm 15, 5; 28, 7-14; 1 S 1, 9; Si 50, 17. «El vino se muestra ser sangre de Cristo, como se predice en el misterio y testimonio de todas las Escrituras» (*Ep.* 63, 2, 1).

72. *Adversus Marcionem*, 4, 11 (CSEL 47, 559).

73. Ap 17, 15.

caristía, donde se da la verdadera unión con el que es el objeto de la fe. Es interesante advertir el punto de vista de la fe que adopta aquí nuestro autor: no es tanto la adhesión a unas verdades, como la confianza prestada a alguien, es decir, a Cristo (*in quem credidit*). Junto a ello, la fe vista en relación con la Eucaristía, aparece de esta manera como un presupuesto para la misma participación eucarística.

Ese pueblo creyente se une y junta a Aquel en quien creyó. La diversidad de verbos empleados para aludir la acción de unir convergen en único sentido: esa unión es fusión en un único ser, se trata de una *copulatio et coniunctio* que es inseparable: *non possit ab invicem separari*, porque se ha alcanzado un grado de unión que bien puede ser caracterizado por la unicidad, luego «nada (*nulla res*) podrá separar de Cristo a la Iglesia», ya que mediante la Eucaristía se ha constituido en una sola cosa con Cristo. Cipriano parece tener presente en esa *nulla res* las palabras de Pablo en Rm 8, 35: «¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, los peligros, la espada?». El Obispo de Cartago va a contestar a estos interrogantes en otra ocasión, haciendo mención expresa de la Eucaristía: «Nada de esto puede separar a los creyentes, nada puede arrancarlos a los que están unidos a su cuerpo y sangre»⁷⁴.

Es la Iglesia la que se une a Cristo, y la Iglesia, además, entendida como Pueblo, unida a Él con *individua dilectione*, con «amor indiviso». El carácter sponsal de esa unión también es reflejado por nuestro autor, que no deja de tener presente la imagen de la Iglesia como Esposa de Cristo. La Iglesia es *Corpus Christi* en cuanto que se une y funde con Él siendo una sola cosa, un solo cuerpo, y esa unión es *dilectio*, es una unión de amor que como amor sponsal es *individua*, inseparable, para siempre. Todo ello lo ve Cipriano realizado sacramentalmente en la Eucaristía, *in calice Domini*.

Por esto, en la «santificación» del cáliz no se puede ofrecer sólo agua, ni sólo vino. Con el verbo *sanctificare* designa nuestro autor la conversión de las especies eucarísticas, y con ella la realización de la presencia real de la Sangre de Cristo en el cáliz. Así se deduce de la utilización del verbo *incipere* para hablar de la presencia de la Sangre tras la «santi-

74. *Ep.* 11, 5, 3. Cfr. *Ep.* 58, 9, 2.

ficación» del vino: *sanguis Christi incipit esse*. Tras el *sanctificare* «empieza a estar» la *sanguis Christi*, se ha producido un cambio, expresado con la idea de comienzo temporal de la nueva realidad⁷⁵.

En la oblación del cáliz, dirá nuestro autor, no puede prescindirse del agua, porque entonces la Sangre de Cristo se haría presente en él sin nosotros (*incipit esse sine nobis*); ni puede prescindirse del vino, porque en ese caso se constituiría un pueblo sin Cristo (*incipit esse sine Christo*)⁷⁶, y como en el sacrificio de la Cruz «Cristo nos llevaba a todos nosotros, Él que también llevaba nuestros pecados»⁷⁷, es necesario mezclar el agua y el vino, para que en la celebración eucarística esté Cristo con su Pueblo. Cipriano recoge de esta forma la idea de la unión de los fieles con el mismo sacrificio de Cristo a través de la Eucaristía, en la cual la Iglesia participa en la entrega redentora de Cristo: «no es celebrado el sacrificio del Señor con legítima santificación si no responde a la pasión (de Cristo) nuestra oblación y sacrificio»⁷⁸. Los fieles se convierten así en ofrenda al Padre a semejanza y por su unión con Cristo: «como obispos que todos los días celebramos el sacrificio de Dios, preparamos ofrendas y víctimas a Dios»⁷⁹. Una entrega sacrificial realizada en la Eucaristía y que se extiende a la vida de los cristianos: «Se echa encima una lucha más dura y feroz, para la que deben disponerse los soldados de Cristo mediante una fe entera y un valor acérrimo, pensando para esto que a diario beban el cáliz de la sangre de Cristo con el fin de poder a su vez derramar ellos la suya por Cristo»⁸⁰.

La cualidad sacrificial de la Eucaristía es así vista por Cipriano como inscrita en la cualidad sacrificial de la vida de la comunidad y viceversa⁸¹. Todos los cristianos están de esta manera implicados en el único sacrificio de Cristo, y su misma vida en común, expresada en los térmi-

75. Es la única ocasión que hemos encontrado en la que nuestro autor utiliza un término para referirse a la «consagración» de las especies eucarísticas (*sanctificare*).

76. Es interesante advertir como Cipriano no habla de una presencia del pueblo «sin la Sangre de Cristo», sino *sine Christo*, del tal forma que en la Sangre parece ver a Cristo entero.

77. *Ep.* 63, 13, 1.

78. *Ep.* 63, 9, 2.

79. *Ep.* 57, 3, 2.

80. *Ep.* 58, 1, 2.

81. Cfr. J.M.R. TILLARD, *Carne de la Iglesia, carne de Cristo. En las fuentes de la eclesiología de comunión*, Sígueme, Salamanca 1994, 85-89.

nos *populus* y *plebs*, es un verdadero sacrificio a Dios: «El mejor sacrificio para Dios es nuestra paz y concordia fraternas y un pueblo unido»⁸²; un sacrificio celebrado, vinculado y alimentado por la Eucaristía: Cristo incluye así a los miembros de su cuerpo en su propio sacrificio, constituyéndose en consecuencia como verdadero pueblo sacerdotal.

Concluye el Obispo de Cartago afirmando que sólo en esa *adunatio confusa* del agua y el vino, se lleva a cabo el *sacramentum spiritale et caeleste*, entendiendo por *sacramentum* el rito por el cual se produce el efecto sobrenatural de la unión de Cristo con su Iglesia⁸³; verdadero *sacramentum unitatis*, podríamos añadir, no violentando el pensamiento de nuestro autor al respecto.

3. LA UNIÓN DE LA IGLESIA EN SÍ MISMA

Cipriano, basándose no ya en el simbolismo del agua mezclada al vino, sino en el valor significativo de la composición del pan, dirá en la misma carta 63:

«Y así el cáliz del Señor no es agua sola o solo vino, a no ser que uno y otro se mezclen entre sí, como el cuerpo del Señor no puede ser harina sola o agua sola, si no es que los dos estuvieran unidos, juntos y consolidados en la masa de un solo pan. Con lo cual, en el mismo sacramento aparece nuestro pueblo aunado, de modo que como muchos granos reducidos a la unidad y juntamente molidos y mezclados hacen un solo pan, así en Cristo, que es pan celestial, sepamos que hay un solo cuerpo, en el cual está unida y aunada nuestra diversidad»⁸⁴.

82. *De orat.* 23.

83. A. d'Alès atribuye al término *sacramentum* en este caso el sentido de «tipo», «símbolo» o «figura» (cfr. *La théologie de Saint Cyprien*, Beauchesne, Paris 1922, 88), pero pensamos que nuestro autor no se mueve en este caso exclusivamente en un ámbito simbólico, sino que expresa que la realidad significada (unión de Cristo con la Iglesia) se realiza efectivamente; así parece deducirse al menos del *incipere esse* y del resto de verbos en indicativo.

84. «*Sic vero calix Domini non est aqua sola aut vinum solum, nisi utrumque sibi misceatur, quomodo nec corpus Domini potest esse farina sola aut aqua sola, nisi utrumque adunatum fuerit et copulatum et panis unius compage solidatum. Quo et ipso sacramento populus noster ostenditur adunatus, ut quemadmodum grana multa in unum collecta et conmolita et commixta panem unum faciunt, sic in Christo qui est panis caelestis unum sciamus esse corpus, cui coniunctus sit noster numerus et adunatus*»: *Ep.* 63, 13, 4-5 (Bayard, 208). Hemos variado la traducción de J. Campos.

En primer lugar, nuestro autor parece continuar con la idea de la unión de la Iglesia con Cristo, presentando otro signo de esta realidad, que se una al ya comentado de la mezcla del agua y el vino en el cáliz. Así expone el simbolismo de la elaboración del pan eucarístico, que no es harina sola ni agua sola, sino la mezcla de ambas. Es de suponer que en el agua Cipriano volvería a ver representada a la Iglesia como Pueblo. Los verbos *adunare* y *copulare* vuelven a aparecer para expresar la mezcla y unión de los dos elementos, tal como hizo anteriormente con el agua y el vino, aunque en esta ocasión añade el verbo *solidare*, más propio para significar la acción de unir dos elementos en el que uno de ellos es sólido (la harina). Llama la atención que al hablar de esos elementos que entran en la composición del pan eucarístico, no se refiera a éste como *panis*, sino ya como *corpus Domini*, indicio claro de su convicción en la presencia real de Cristo en la Eucaristía. Cristo es *panis caelestis*, como aclara más adelante en el texto, y por ello, a lo largo de toda la cita, hace equivalentes los términos *panis* y *corpus* al usarlos indistintamente.

Pero Cipriano, apoyado en el simbolismo de la composición del pan, va a extraer un significado más. No se trata ya de ver en ella esa unión entre Cristo y la Iglesia, sino la unión de la Iglesia en sí misma, como realizada también en la Eucaristía. En ese mismo sacramento, en el *sacramentum spiritale et caeleste* del que hablaba más arriba, se muestra, aparece, se hace manifiesto (*ostenditur*) como realidad, y no como un puro simbolismo, ya que estamos en el mismo plano real del *incipere esse* del texto anterior, la unión interna de la Iglesia, la unión entre todos los miembros del Pueblo de Dios: *populus noster adunatus*, la comunión horizontal.

Muchos granos de trigo, con su patente multiplicidad, son unidos en uno, reducidos a una sola cosa, al ser juntamente molidos y juntamente mezclados, para dar lugar a un solo pan. La diversidad del *multa*, desaparece en el *unum* gracias a la unión común. Si eso acontece en la elaboración del pan, lo mismo ve Cipriano realizado en la Eucaristía. En Cristo, *panis caelestis*, forman los fieles un solo cuerpo, como granos que dan lugar al *panem unum*. Ahí el *numerus*, que expresa la diversidad de los componentes, se ve reducido al *unum* mediante la unión. Pero todo ello acontece *in Christo*, es decir, mediante la unión a Cristo de todos y cada uno de los fieles en la participación eucarística. La Eucaristía es así

vista por nuestro autor como sacramento de la unidad entre los fieles, de la comunión horizontal, pero fundamentada siempre en la comunión vertical con Cristo.

La doctrina de 1 Co 10, 16-17 se vuelve a ver reiterada en Cipriano: «La copa de bendición que bendecimos, ¿no es acaso comunión con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo?» (v. 16). Primero comunión con Cristo, tal como indica Pablo, para después afirmar la comunión entre los cristianos, fundada en esa comunión personal con Cristo: «Porque uno solo es el pan, aun siendo muchos, un solo cuerpo somos, pues todos participamos del mismo pan» (v. 17). La Eucaristía es para el Apóstol el gran sacramento de la comunión: comunión de los fieles con Cristo y de los fieles entre sí. Unidos los cristianos al Cuerpo de Cristo por la Eucaristía, se convierten en su Cuerpo que es la Iglesia⁸⁵. El Cuerpo sacramental eucarístico de Cristo parece ser inseparable de su Cuerpo eclesial⁸⁶. Nuestro autor, a su manera y con sus palabras, recoge estas mismas ideas a lo largo del texto comentado, sirviéndose, como hemos visto, de la figura de la composición y elaboración del pan.

En su carta 69, defendiendo la imposibilidad de que la Iglesia pueda escindirse, ya que su unidad procede de la autoridad divina, de la misma *unitas* divina, y que, por tanto, en la casa de Dios, es decir, en su Iglesia, «sólo habitan los que están en concordia y unión de sentimientos»⁸⁷, después de ofrecer una serie de argumentos escriturísticos, afirma Cipriano:

«En resumen, los mismos sacrificios del Señor declaran la unanimidad cristiana trabada con firme e inseparable caridad consigo misma. Porque cuando el Señor llama a su cuerpo pan, formado por la unión de muchos granos, indica a nuestro pueblo aunado, al cual llevaba; y cuan-

85. «Muchos un cuerpo» es fórmula paulina aplicada a la Iglesia (cfr. Rm 12, 5). Cfr. L. CERFAUX, *La teología della Chiesa secondo San Paolo*, AVE, Roma 1968, 265-285.

86. Cfr. J.M.R. TILLARD, *Iglesia de Iglesias. Eclesiología de Comunión*, Sígueme, Salamanca 1991, 33-38. «La tradición de los primeros siglos ve ante todo a la Iglesia como la comunión de los bautizados con el Padre y entre ellos mismos, en el cuerpo de reconciliación de Cristo, nuevo Adán, que se da en la mesa eucarística» (IDEM, *Carne de la Iglesia, carne de Cristo. En las fuentes de la eclesiología de comunión*, Sígueme, Salamanca 1994, 85).

87. *Ep.* 69, 5, 1.

do llama su sangre al vino exprimido de racimos y uvas, y reducido a la unidad, significa también a nuestro rebaño unido con la fusión en la unidad de la multitud»⁸⁸.

En el texto, Cipriano parece situarse en un contexto más claramente simbólico que en el de su carta 63. Atiende más al significado o al carácter de signo de la composición del pan y el vino, que a afirmar la realidad de lo significado en cuanto realizada en la Eucaristía. La *unanimitas christiana*, la unidad-uni6n entre los fieles, viene declarada, indicada y significada en la Eucaristía, en el pan y el vino eucarístico. Ello no implica negar la realizaci6n efectiva de esta unanimidad en la celebraci6n eucarística, sino más bien recalcar el aspecto de signo que tiene el *sacramentum*.

Por otro lado, esa unanimidad se presenta inicialmente como formada por una caridad constante e inseparable. Cipriano est sealando uno de los elementos constitutivos de la *unanimitas*: la *caritas*, virtud que se ha de entender como la aportaci6n de los cristianos a una *unitas* que ya viene dada por Dios. La respuesta de los fieles a la *una ecclesia*, a la única casa de Dios, es habitar en ella en concordia, en uni6n de sentimientos, es decir, en caridad. Es l6gico que nuestro autor comience sealando este elemento humano de la *unitas* eclesial, ya que est argumentando frente al que de manera voluntaria se aparta de ella, y es, por tanto, «enemigo de la paz del Señor y de la unidad divina»⁸⁹. Como contrapeso señala qué actitud ha de corresponder a los fieles que se mantienen en la *una ecclesia*, y esa postura no es otra que la *caritas*.

Pues bien, esa uni6n mutua entre los cristianos, expresada en la caridad, la ve Cipriano significada de manera eminente en los elementos eucarísticos: el pan y el vino. Respecto al pan, no hace más que repetir lo enunciado ya en su carta 63; ahora, además, incluye la figura del vino, el cual es fruto de exprimir la multiplicidad de racimos y de granos

88. «Denique unanimitatem christianam firma sibi adque inseparabili caritate conexam etiam ipsa dominica sacrificia declarant. Nam quando Dominus corpus suum panem vocat de multorum granorum adunatione congestum, populum nostrum quem portabat indicat adunatum; et quando sanguinem suum vinum appellat de botruis adque acinis plurimis expressum adque in unum coactum, gregem item nostrum significat conmixtione adunatae multitudinis copulatum»: *Ibid.* (Bayard, 242). Hemos variado la traducci6n de J. Campos.

89. *Ibid.*

de uva, que quedan de este modo reducidos a la unidad, fusionados. De nuevo vuelve a aparecer la idea de una multiplicidad que desaparece en el *unum*.

De esta manera, Cristo al elegir el vino para expresar su Sangre, estaba también significando la unidad interna de su Pueblo, ya que de igual forma a lo que ocurría en la formación del vino, la multiplicidad de ese Pueblo queda fusionada en la unidad. Pero Cipriano no deja de indicar en el texto que ello sólo ocurre en Cristo, es decir, mediante la comunión de ese Pueblo con Cristo, lo cual viene recogido en la expresión *quem portabat*. Cristo que «nos llevaba en sí», al elegir el pan y el vino como su Cuerpo y Sangre, estaba también expresando la verdadera realidad de su Pueblo, unido a su Cuerpo y Sangre, y que de este modo es realmente su propio Cuerpo y Sangre. Así nuestro autor vuelve a fundar la comunión horizontal en la comunión vertical con Cristo, y a señalar la correspondencia entre el Cuerpo eucarístico y el Cuerpo eclesial.

La conclusión anterior se deduce también de las palabras con las que Cipriano continua el texto comentado, y que dirige contra el cismático Novaciano: «Si Novaciano está unido a este pan, si está mezclado a la bebida de Cristo, podrá creer que tiene la gracia del único bautismo de la Iglesia, constando que él mantiene la unidad de la Iglesia»⁹⁰. Sólo unido a Cristo mediante la participación eucarística en su Cuerpo y Sangre, se está en la Iglesia, se participa de todos los medios sobrenaturales de la Iglesia y se conserva la unidad eclesial, es decir, se alcanza la comunión horizontal.

Con todo lo visto, se extrae como conclusión una clara visión de la Eucaristía como sacramento de comunión en el pensamiento del Obispo de Cartago, que la entiende ya como verdadero sacrificio y sacramento. A través de ella Cristo realiza la unidad divina de la Iglesia, una unidad que procede de la Trinidad y que es comunicada por Cristo Mediador a los fieles. El paso de la *unitas* divina a la eclesial se realiza de un modo efectivo en la Eucaristía, por la que todos los fieles se unen a *Christus unus*⁹¹. El cristiano al participar de la Eucaristía entra en comunión con Cristo, participa del Cuerpo de Cristo y queda incorporado a

90. *Ep.* 69, 5, 1.

91. Cfr. A. DEMOUSTIER, «L'ontologie de l'Église selon Saint Cyprien», en *Recherches de Science Religieuse* 52 (1964) 586-588.

Él, y en esa misma medida entra en comunión con los demás miembros de ese Cuerpo: todos son *unum corpus* en el Cuerpo eucarístico de Cristo⁹². Para nuestro autor, la Eucaristía es así verdadero signo (materializado en el pan, el vino y la participación común) y realización sacramental de la comunión eclesial⁹³.

Juan Antonio GIL-TAMAYO
Instituto de Historia de la Iglesia
Universidad de Navarra
PAMPLONA

92. «La comunión eclesial, en la que cada uno es inserido por la fe y el Bautismo, tiene su raíz y su centro en la Sagrada Eucaristía. En efecto, el Bautismo es incorporación en un cuerpo edificado y vivificado por el Señor resucitado mediante la Eucaristía, de tal modo que este cuerpo puede ser llamado verdaderamente Cuerpo de Cristo. La Eucaristía es fuente y fuerza creadora de comunión entre los miembros de la Iglesia precisamente porque une a cada uno de ellos con el mismo Cristo» (CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Carta *Communio nis notio*, 5 [28.V.1992], Palabra, Madrid 1994, 112).

93. El Concilio Vaticano II relaciona la Eucaristía con la unidad de la Iglesia de estas dos maneras: en cuanto «signo» y en cuanto «causa». «El sacramento del pan eucarístico *simboliza* y al mismo tiempo *realiza* la unidad de los creyentes, que forman un solo cuerpo en Cristo» (*Lumen gentium*, 3); Los fieles, «alimentados en la sagrada eucaristía con el Cuerpo de Cristo, muestran de manera concreta la unidad del Pueblo de Dios, que este Santísimo Sacramento *significa* tan perfectamente y *realiza* tan maravillosamente» (*ibid.*, 11).